

## **LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL**

De construcción tipo inglesa, techo a dos aguas, paredes de ladrillos a la vista y una amplia galería. Aquí la reluciente campana, más allá la balanza y después los bancos, la carretilla de cargas y la gente... nosotros, invitados de honor en determinados días y horarios de la semana, para recibir y ver partir del tren.

El “cuadro” de la estación tenía de por sí un encanto especial. Era el escenario de nuestras aventuras entre los vagones de vía muerta, entre las estibas de bolsas cargadas de granos o preparando al asalto al tren escondidos en los bretes. Las chicas se arreglaban cómo para ir a una fiesta y nosotros, adolescentes estirábamos el pelo con gomina para tan esperada ocasión.

Pero el espectáculo mayor se daba cuando esperábamos a esa locomotora negra, humeante y ruidosa que arrastraba los vagones de pasajeros...! Las señales preanunciaban su presencia. Aparecía como un punto en el horizonte y su figura se iba agrandando entre nubes de vapor. La máquina se detenía y cargaba agua. Luego avanzaba a los resoplidos y en breves minutos se armaban la obra teatral que anhelábamos.

En Idiazábal se hacía el recambio de maquinistas y guardas, ya los conocíamos, hablábamos con ellos a puro orgullo, en esos tiempos de trabajar en el ferrocarril era un honor manifiesto. Cuando el tren se detenía los pibes subían y recorrían los vagones de puro curiosos o se asombraban con el rito del maquinista y del empleado de la estación... freno, aro, bolsas, gritos, saludos, lágrimas y sonrisas.

Los nuevos rostros en las ventanillas, encuentros fugaces de nuestras miradas con la piba rosarina, alguien que cargaba un baúl, parientes que venían de lejos. En esos diez minutos que duraba el “circo” se juntaban todos. El Negro Miranda esperaba las bolsas del correo, con cartas y encomiendas. Juancito Marocco, los diarios y revistas, y un gringo viejo que, apoyado a la pared, aguardaba un regreso en vano..!

Se confundían abrazos y recomendaciones, los que van y los que vienen. Luego, el “tan tan” de la campana, el silbato largo y profundo y ... la partida..! Con un estruendo de calor y ruido se ponía en marcha y golpeaban los vagones unos con otros estirando el movimiento. No faltaba un niño que ponía una moneda sobre las vías para ver el efecto. Y allá sigue tomando velocidad... con brazos levantados, dónde las paralelas se juntan... el carro que había estado esperando cruza casino el paso a nivel.

Todo vuelve a su rutina en un éxodo pleno de comentarios... que llegó el sobrino de tal, un paquete para Trombetta, el Gráfico y el Billiken... y viste la cara de ese viejo...!

Ahora solo hay dolor de ausencia y silencio de olvido...

Carlos Alberto Martini